

# A propósito de la aventura intelectual del siglo XX

V. SANROMÁN

A raíz de haber leído un comentario en "La Nación" sobre el libro que origina esta nota, he cambiado el plan que había preparado a su respecto, pues no puedo reprimir el impulso de decir algunas cosas que hace ya buen tiempo pugnan dentro de mí. Algunas de ellas, que bien desearían el panfleto, respecto del diario aludido; las demás, sobre el libro en sí. Y, desde ya, adelanto que esta nota debiera llamarse, en realidad, "La crítica en la Argentina, y un libro". Por la crítica comenzaré, pues.

No trataré de establecer principios generales. Lo que me interesa, no es indicar cuál sea la función del crítico, que doy por sabida (aunque sospecho que me equivoco), sino cómo se ejerce la crítica en nuestro país. Hoy y aquí, la crítica es no sólo algo *lastimoso*; es algo inexistente. Sin analizar causas ni orígenes de tal mal, sin establecer su largo o corto pauperisarse, basta observar los hechos: De la crítica de fondo, sería o virulenta, ya no resta nada: Por razones obvias la mayoría de los periódicos ya no conocen más que el silencio, o la alabanza o el ataque absurdos. Las revistas especializadas, que, sin embargo, aún la ejercen de vez en cuando (desgraciadamente esa vez tan sólo cuando no median compromisos) llegan apenas a un escaso público. Sólo suele perdurar la "noticia", la llamada crítica informativa; que ni es crítica ni es informativa. Y bien, en una situación de privilegio, con muchos más recursos que las revistas y a salvo de ciertas coacciones, se encuentra "La Nación", periódico en algunos otros aspectos respetable. ¿Y qué hace de la crítica? Algún estudio escolar (de acuerdo a aspiraciones de página literaria) sobre un libro que va puede discutirse libremente puesto que se lo da como indiscutible; algún trabajo con franco olor de incienso más o menos mutuo, y esa página bibliográfica mezcla de burocracia, método Ford y desembozado vodevil, en la que se malgasta el raro papel existente en balbucear anodinamente sobre cualquier publicación, nunca en más de diez líneas, sin distinciones de valor ni atisbos de jerarquía, o en la que se re-

comienda alguna novela tan desconocida como "Luz de Agosto", o, en fin, (y ahora sí excediendo las diez líneas) en la que se consagra laudatoriamente a algún seudopontífice de las letras o de las "ciencias humanas".

No es la primera vez que pienso lo que he dicho, ni creo acaparar sólo tales reflexiones. Ahora, simplemente, una serie de circunstancias me impiden callar. Si alguien tuvo el *coraje* de leer en "La Nación" el párrafo dedicado a "La aventura intelectual del siglo XX", sin conocer este libro, debe haber sacado la impresión de que se trata de algún opúsculo vagoroso y más o menos entontecido, en el que se intenta pintar "un fresco inconcluso de cincuenta años" de arte, ciencia, sensibilidad, y adelanto de la técnica, probablemente incluídos el teosofismo y el rajayoga. Si el paciente frecuentador hebdomadario conoce, en cambio, el libro de Marill, no habrá dejado de notar que el comentarador, crítico, o como se titule, no ha leído sino el prólogo de la obra. Y leer prólogos es ya, de por sí, una costumbre peligrosa. Pero si la lectura comienza y acaba en los prólogos, autorizando luego a emitir opiniones, esa costumbre deberá calificarse en latín, sin versión alguna que adjetive castellanamente al devorador de prefacios; tal cual dejan los castos traductores ciertas palabras de los textos clásicos.

El libro de Marill es un intento de ver ordenadamente en el caos aparente de las artes y las letras del siglo veinte. No significa, por cierto, el descubrimiento del Mediterráneo. Profesor su autor, ha pretendido escribir más didáctica *que originalmente*, intentando casi un manual del pensamiento de los últimos cincuenta años. Pero nos ha dado, no un seco o jugoso catálogo de nombres, con comentarios más o menos anodinos de obras, al modo de las "Literaturas" de deplorable uso en nuestras aulas, sino una acertada y vivaz guía. Para quien no haya leído con cierta abundancia los escritores europeos contemporáneos, este libro será farragoso e incomprensible, y lo abandonará (probablemente, en el prólogo). Para quien, en cambio, haya recorrido esa literatura, este ensayo (trescientas páginas) puede ser el hilo que lo guíe entre "El castillo" y "Medea", en Elliot y en "Cuando se es alguien", y, más que nada, en el movimiento actual del intelecto.

Claro está que no es un libro dedicado a especialistas (ni tal es su intención, a pesar de ciertas ojeadas agudas que bien pueden inquietarlos), sino una obra dirigida al aficionado, al público más o menos inteligente, al que "quiere saber". Es, en cierto sentido, un libro escrito para alumnos. Pero, también, algo más: el intento de un profesor de humanidades de ver y hacer ver objetivamente con buscada perspectiva, qué son y

qué significan los aparentemente contradictorios esfuerzos de los creadores del siglo veinte; y de lograr una visión total que indique cuál es el sentido subyacente, por encima de manifiestos, declaraciones y encontronazos, que da unidad a ese siglo como época cultural. Marill encuentra esa raíz unitaria en el suceso que marca abiertamente el principio de siglo, aun cuando ya hubiera sido anunciado anteriormente: La quiebra de la razón; el viraje antiintelectualista que declaró caduco y desecado el racionalismo y se lanzó en busca de la realidad vital, de las fuerzas que realmente dominaban el mundo ya que la razón se había demostrado incapaz para hacerlo. Esa negativa a seguir mirando el mundo con ojos racionales y acostumbrados es la actitud común que une a Pirandello y a Huxley, a Gide y Claudel, a todas las personalidades y a todas las corrientes que han significado algo desde entonces. Y de ella nacen, por un lado, todas las negativas que se opusieron a la vieja visión desechada: los ataques a los valores hechos, a las jerarquías aceptadas, a las ideas de confección, a las autoridades reconocidas, a la satisfacción, a la respetabilidad. Y por el otro lado, como consecuencia positiva, ya que se había desechado (o perdido) el cómodo soporte de la razón admitida, la búsqueda directa de la vida, las fuentes que dieran fe vital y posibilidad de existencia, sino de conocimiento, a la aventura que emprendía el hombre desprendido del seguro regazo racional. Trata entonces Marill de seguir las diferentes rutas que se abrieron desde aquel demoler inicial.

Tanto las rutas más o menos particulares que las distintas posiciones iban manifestando: cristianismo de Péguy o de Bloy, dionisismo de Lawrence, escepticismo de Huxley; como las grandes curvas comunes que iban hallando y en los que coincidían aunque fuera desde ángulos divergentes: el gozo primero de la libertad, la embriaguez de los niños terribles, la misión sacerdotal del artista, la gran aventura, en fin, frente al mundo inexplorado y sin leyes, y el desembocar terrible de esa aventura en el cielo cada vez más lívido a partir de 1933, hasta el horror obligatorio y sin reglas de la última guerra. Marill logra dar la visión que pretendiera, logra mostrar el dibujo dinámico del plano general, con los diversos anhelos, las ilusiones, los temas que han ido apareciendo, superponiéndose, reemplazándose, combinándose y combatiéndose desde 1900.

Si se hubiera limitado a esta visión descriptiva, mostrándonos cómo el bergsonismo y dadá, el descubrimiento del subconciente, el cubismo, el futurismo y el existencialismo tienen una raíz común; si se hubiera contentado con decirnos cuál es esa raíz y cuáles son sus consecuencias, y de qué modo se vuelve a ella en cada instante del crear actual, tendríamos inobjetable el

fresco que nos prometiera en su prefacio, aún con las soluciones que propone y que pueden parecernos o no satisfactorias. Algo, por cierto, se podría retacear, y aun ese algo sujeto a discusión y dependiente en gran parte de apreciaciones personales. Tal vez, en efecto, pueda achacársele que en su afán de lograr una más viviente forma caiga un tanto en el desorden y en insistencia, probablemente producidos por el deseo de señalar bien la aparición y sucesión de los temas; tal vez se exceda en las transcripciones, aumentando aquella impresión; y, no logre una sistematización que permita orientarse al desprevenido. Finalmente, y esto parece más grave, tal vez pueda advertirse que selecciona los autores y las citas en vista de la tesis sostenida, y que omite algunos nombres: esto, de por sí arbitrario en principio, implica no pocas veces una valoración probablemente errónea, o injusta. Lo dicho merece una explicación. Es evidente que la renovación intelectual de las ideas de nuestro siglo con respecto a los pasados, sobre todo con respecto al inmediatamente pasado, se debe a la aparición (más bien, a la revaloración y a la generalización) del irracionalismo. Pero al lado de esa corriente (inevitablemente avasalladora), no es menos evidente la persistencia del deseo de racionalidad; no ya la racionalidad habitual, ramplona y un mucho aburrida del siglo XIX, pero sí de la racionalidad en un auténtico y más original sentido: cada literato, cada filósofo, cada creador, ha estado bogando en esas dos riadas, algunos más marcadamente en una, otros tratando de conciliarlas. No se trata, por otra parte, de un hecho insólito en la cultura occidental. Ese irracionalismo ha preponderado más fácilmente en algunos países que en otros: el europeo de Francia, de Alemania, de Italia, no sólo ha vivido más actualmente esa posición, sino que la ha sentido justificada por el cataclismo de la guerra. Para los americanos, al menos para los sudamericanos, la guerra no ha significado el apocalipsis: ha sido tan sólo otra de las seculares matanzas (horrible. sí, pero tan sólo otra) que caracterizan el destino de Europa. Para nosotros hay todavía mucho vacío inmediato que salvar; es decir, en cierto sentido, mucho que esperar, para que el irracionalismo pueda significar otra cosa que una más completa actitud vital sin que ignoremos lo que ha significado en el panorama europeo 1920-1945. Nada puedo asegurar de la situación de otras partes del mundo al respecto, pero sospecho que existen otras latitudes más cerca de América que de París. Marill comete entonces una doble omisión: Por una parte, usa un amplio borrador geográfico, y, por la otra, dentro del ámbito elegido, ignora o toma fragmentariamente ciertas individualidades, aun aquéllas que significarían un aporte a su tesis. Doy por cierto que lo ha hecho

premeditadamente, y que las omisiones de algunos nombres dentro del ámbito europeo no responden nada más que a la falta de su gravitación directa en el clima cotidiano; aunque sospecho que algunas alusiones en el sentido estrictamente filosófico y científico hubieran ayudado a comprender el cuadro sentimental en que la obra se mueve. Precisamente a esas omisiones cargo las objeciones de tipo clínico que encuentro a las tesis causalistas de Marill. Debe reconocerse que, en el orden de las omisiones que le achaco, Marill hace varias salvedades. Una, en el prefacio, en la que aclara la limitación geográfica de su obra; otras, en capítulos aislados, en las que señala la actitud de quienes no renunciaron a la razón. Pero eso no basta. No basta declarar que se ha limitado el estudio a cinco países, por una suerte de comodidad de presentación, y por importantes que sean esos países en el orden elegido, cuando luego, en el texto, se da por sentado que “todos” los hombres han sentido y vivido igual aventura; no basta tampoco citar las actitudes opuestas, dentro del ámbito elegido, cuando, habiéndose presentado un cuadro general y fluido, se hace de esas actitudes algo como excepcional, bizantino, y como a contramano de las ideas prevalecientes en la época. Creo, por el contrario, que una estratégica referencia a estas excepciones, de regiones y de grupos culturales, relacionada con el cuadro general, hubiera ayudado, tanto como la que antes indiqué, a completar la visión de conjunto, sin desvirtuar en absoluto, sino confirmando la tesis general. Y entiendo que esa actitud de Marill es la que lo ha llevado, asimismo, a seleccionar arbitrariamente las citas y a incluir algunos nombres de otro modo difícilmente explicables. En efecto, es inevitablemente un poco arbitrario (por no decir más) citar frases cortas y casi lapidarias de un hombre tan complejo, prudente y meandroso en el definir como Ortega, por ejemplo, quien ha declarado expresamente su opinión de que la verdad no puede decirse brevemente. Y es también, inevitablemente sorpresivo que se utilicen, pongo por caso, opiniones como las de Gómez de La Serna. Cierto es que, como aditamento a la tesis, facilita el nombre de España; pero no parece que el ejemplo del bueno de Ramón, a pesar de sus éxitos acrobáticos en “este” lado de los Pirineos, dé fe de la caladura, extensión o importancia de una posición en sector alguno.

Bien, con todo lo dicho, la descripción de Marill es buena y válida. Pero (es inevitable poner peros a lo que nos parece digno de comentario, y es señal de valor en una obra el que provoque el disenso), Marill no se conforma con presentar un cuadro de hechos: quiere indagar las causas profundas de esos hechos. Y es aquí donde comienzan mis disensiones. Ya en los

primeros capítulos provoca algún sobresalto la facilidad con que explica el sentimiento irracionalista. Por allí se deja decir algo como esto: Que el viraje antiintelectual se debe al desconcierto que en los intelectuales produce el excesivo desarrollo del pensamiento, que se ha vuelto demasiado difícil. Algo de eso es cierto. Mas es indudable que debe tomarse con beneficio de inventario. No puede dudarse que el conocimiento universal escapa siempre al hombre medio, en tanto todavía no se ha "facilitado" y aún más, no parece que los intelectuales de 1700 o 1800 fueran tan sabios como podría creerse. Pero puede admitirse que la frase es cierta desde un punto de vista subjetivo y sentimental, cuando no desde el de la verdad estrictamente objetiva. Lo que quiero establecer es que el irracionalismo no es eso sólo, sino la posición entera del pensamiento del siglo veinte, cuya razón se ha hecho irracional en sí misma, en un particular sentido que excede el simple desencanto ante los límites de la razón. Es especialmente a esto a lo que me refería cuando lamentaba que se hubiese dejado de lado la posición de la filosofía y de las ciencias en el pensamiento actual. Ya Ortega nos recuerda en *El Espectador* (y lo cito porque es uno de los pocos pensadores no artistas que utiliza Marill) que no puede olvidar el aporte de la física y de la biología modernas, quien pretenda entender el sentido del pensamiento de Occidente. No puedo dejar de hacer notar, en puridad de buena fe, que Marill introduce después algunas correcciones a su primer decir; pero lo mantiene. Y esa manera un tanto sorpresiva de resolver las cosas (quizás inducida por necesidades profesoras), nos provoca a no mucho andar, nuevas dezasones, siempre en el terreno del estudio causal del cuadro del siglo veinte. Para dar un solo caso: ¿Qué significa, esa tesis de que el freudismo ha nacido como sucedáneo de la vivencia de los clásicos? Acéptese o no el freudismo en sí, no cabe poner en duda que su aparición obedece a causas más profundas que el haberse convertido los clásicos en mero material de ilustración. Y esta afirmación la dejo por cuenta de Marill; así como me reservo la discusión amplia del problema, bastante complejo por cierto. En el mejor de los casos, y aceptando la verosimilitud de la tesis, no puede dejar de observarse que tanto la vivencia anterior, como el actual conocimiento de los clásicos, ha estado apenas reservado a unos pocos durante un relativamente corto lapso, inevitablemente posterior a los clásicos mismos.

Antes de terminar quisiera *lonjear un par de chicaneos*, uno, por cuenta de Marill; el otro, supongo, por cuenta de los editores. El primero: me he referido varias veces al autor como profesor, y lo es, en el mejor sentido de la palabra. Sin embargo

la función de traducir al público "lo que pasa", lleva con sí, casi ineludiblemente, una carga filistea. Y a ella sucumbe Marill en un aspecto sintomático: la ausencia de ironía para juzgar las cosas. Ya el caso Ramón G. de la Serna podría servir de ejemplo; pero la actitud excede tal accidente, e infisiona muchos juicios.

El otro, lo advierto desde ya, lleva bastante mala fe. ¿No son inexplicables esos epígrafes, o como se llamen, que adornan el margen superior de las trescientas veintisiete páginas del tomo? Su habitual saborcillo melodramático es digno de una antología de letreros borgianos, y no puedo resistir la tentación de copiar algunos, para cualquier futuro recopilador. Atiéndase: "Los afanes de gozo. Estallido del pensamiento. Los niños abandonados. Humillación de la filosofía. Los huérfanos del siglo. Restauración del misterio. La audacia sensual y mística. El deseo es vida. Hacia el eterno amanecer. Némesis. El mito de la vida burguesa. Las maravillas del universo. La época de los hombres maquillados. Las flores estériles. Una jungla inexplorada. La celda del letrado...". Y renuncio. ¿No es verdad que parece una lista de Maucci, con la enumeración de las obras completas de Eugenio Sué, Gorky, Salgari, Gutiérrez, Vargas Vila y Delly? Entre los trescientos y pico los hay mejores, pero podría suprimirse todos, ya que ninguno tiene nada que ver con el texto; y que me perdone el de la idea. Por lo demás, sospecho quién puede ser el creador, al menos si atiendo a la horripilante versión castellana.

En fin, no es esta la terminación adecuada para una nota sobre libro tal, y debe ello ponerse en la cuenta de mi exceso de meticulosidad; así como en la de mis escrúpulos, el que ocupen materialmente más espacio las críticas que las alabanzas; pero para no desmentirme quiero remarcar que la obra, en su conjunto, es un aporte estimable, en realidad posiblemente el primero de su tipo, para lograr una visión total del movimiento artístico y literario del presente siglo; y una base para encarar, por encima de las particulares pretensiones, los movimientos parciales que lo informan.